

# La prostituta

Fabian Mella



# Capítulo 1

## **La prostituta**

A veces bajaba de mi departamento a la calle, sin importar la hora, me quedaba fuera del edificio a fumar un cigarro y quedar mirando lo que fuera que estuviera sucediendo en la calle de enfrente. Me gustaba mucho salir en la madrugada, es una hora fría en la que el cigarro se disfruta más y el silencio no es interrumpido y podía observar con tranquilidad desde el ventanal que era la salida del edificio. No pasaba mucho en realidad, era un barrio céntrico y lo común era que en las madrugadas ocurriera algún asalto o algún robo. Lo que ocurría sin importar el clima o los sucesos, eran las juntas del grupo de prostitutas que se reunían en la esquina enfrente de mi edificio.

Las primeras noches que las observé fue extraño, tanto para ellas como para mí (aquí asumo que nunca les pregunté si fue extraño para ellas), la primera noche que me atreví a salir del edificio al patio para disfrutar el fresco, ellas estaban ahí paradas y separadas unas de las otras frente a la calle, dos estaban más juntas y comenzaron a hablar entre sí y se fueron a la esquina más lejos. Otras tres se quedaron cuchicheando y vieron si yo tomaba la iniciativa de sus servicios. Ninguna me gustó en realidad, terminé mi cigarro y entré al edificio a dormir. La segunda noche fue un poco más suelta, había otra prostituta, era hermosa, pero en su hermosura había algo que me conmovía, hacía frío y ella, allí con su mini falda y el escote, la sentí desamparada, como si yo pudiese ayudarle, ya saben, esa idea loca del caballero que rescata a la damisela. Era blanca como las páginas de un cuaderno de arte, su pelo negro intenso le colgaba modestamente hasta rosar sus lujosos hombros, era de baja estatura y sus finos labios estaban pintados grotescamente de rojo. Yo sólo la miré, terminé mi cigarro y subí a dormir.

La siguiente noche no salí, estaba ocupado con unos informes que no importan ahora, extrañé ese cigarro y de alguna forma extraña eché de menos ver a la prostituta blanca. Salí al balcón del departamento que daba justo en dirección contraria de la esquina en donde la susodicha promocionaba su trabajo. Pero el cigarro me tranquilizó, estuvo bien, aunque no dejé de pensar en ella y eso hizo que me terminara el cigarro reteniendo la imagen de aquella figura en el borde de la acera.

Al día siguiente salí a fumar mi cigarro y no estaba ella, no me extrañó, debía estar ejerciendo su profesión, supuse yo, fue extrañamente doloroso suponerlo. Así pasó con las siguientes cuatro noches, ya se había hecho una rutina mis salidas al patio, pero mis fumadas se alargaron a dos cigarros, siempre esperaba que la prostituta apareciera, en algún momento tenía que aparecer pensaba yo. Tal vez era muy cotizada, razoné, no es problema mío, y de a poco comencé a crear una idea

abstracta de su vida, "no me interesará más", esa era mi meta.

A la quinta noche, pensando inocente que ya me había desecho de la imagen de la chiquilla, salí como de costumbre a fumar otra vez mi cigarro, ella no estaba y asumí que no regresaría. Terminé lentamente el primer cigarro, de pronto, la necesidad de saber qué le había pasado a la prostituta blanca me dominó, prendiendo el siguiente cigarro avancé hacia una prostituta que estaba aislada del grupo, misma mujer que hace una noche me había saludado con la mirada por eso (aunque parezca estúpido) sentí mayor confianza en ella.

-Hola- Dije un poco tiritón, por el frío más que por el nerviosismo. Le pregunté por la blancucha, bajita, pelo negro, etc. Se la describí lo mejor que pude.

- ¡Aaaah! La trigueña-. Debí poner una cara de confundido muy exagerada porque la prostituta hizo una pausa para mirarme y prosiguió -Sí, así le dicen, trigueña, aunque es blanca y más parece oriental que cualquier otra cosa, así le gusta que le digan, así le digo, punto. No ha venido esta semana, mañana vuelve seguro, yo le digo que la anduviste buscando, si me pagai-. Le di siete lucas, me las aceptó de mala gana. Ni siquiera me había acostado aún con la trigueña y ya había pagado por ella, la contrataría y me sacaría las ganas de encima para seguir con mi vida.

Nunca gasté mucho, pero esa plata valdría la pena, era viernes por la mañana, fue un día de trabajo agradable, pensaba en la trigueña, en su piel, en sus hombros, en sus labios, en su pelo. Me alegró el día pensar en ella.

Llegué a la casa prendí la tele y me quedé esperando la madrugada, la contrataría esa noche. Llegó la hora, salí bien vestido (como si eso hubiese alterado el resultado final), salí, allí estaba, me acerqué, ni siquiera me miró (es estúpido pedirle eso), llegué hasta allí donde estaba, parada con su mini, la polera escotada, mostrando los hombros. Su frente me llegaba convenientemente a la barbilla, podría haberla besado en ese mismo instante, le hablé lo correspondiente, pactamos y subimos.

"Trigueña era mi mamá, mi papá era el blancucho y me lo pegó a mí", así terminó el diálogo que comenzamos en las escaleras del departamento, era tierna en su hablar, más que caliente era como hablar con una persona normal. Llegamos a mi departamento, abrí la puerta y le dije que me gustaba hacerlo con la luz apagada, ella accedió sólo si abría las cortinas para que entrara luz desde afuera, aunque fuera poca, abrí las cortinas. La hice pasar a mi habitación, ella comenzó a desvestirse, era hermosa, de verdad lo era, tan descomunadamente hermosa que me pareció que nunca podría invitar o tener a alguien así a no ser que pagara

por estar con esa persona.

Tuvimos sexo, la contraté por la noche, me pidió sesenta mil pesos, le pagué ochenta, eso era lo que había destinado para ella, eso fue lo que le pagué, no es por hacerme el bondadoso ni nada, pensé que eso era, lo aceptó de buena gana y a la mañana siguiente se marchó.

Todos los viernes la contrataba, me pagaban bien, por ende podía costearlo, era hermoso poder darme ese lujo, ya cuando se había hecho una rutina ella llegaba los viernes por la noche y se sentaba a tomar once conmigo, yo disfrutaba mucho su compañía, me era más cómodo que ella pudiese llegar por su cuenta a que yo la pasara a buscar, comenzó a venir con ropa normal, yo lo encontré estupendo, aún me seguía gustando sin la indumentaria. Fue inevitable no hablar sobre nosotros, yo comencé (siempre he hablado mucho), hablé del trabajo, del jefe, del horario de mierda, en resumen, hablé hasta que no pude más, ella por su parte guardó silencio y sólo me interrumpió para preguntarme más sobre lo que yo estaba hablando. La última noche no tuve erección, no hubo caso, la trigueña intentó de todas las maneras pero simplemente no se pudo. –Bueno, me contrataste por la noche, ¿qué querí hacer?-. Se escuchó la frustración de parte de ella, quizá pensó que le pagaría menos. –Me iré a dormir al sillón y tú quédate aquí en la cama, mañana en la mañana te pago-.

Fue estúpido pensar eso, dormí, desperté, la trigueña no estaba, me robó la billetera, el notebook y un bolso que tenía con mis documentos. No la vi más, pregunté por ella por todas partes, más que por mi plata, que eran ciento cincuenta mil pesos, pregunté porque la extrañaba, ella se había ido, con mi notebook, con mi plata y nunca más la volvería a ver. Todo se lo llevó.